PQ8549
.A7
M6

Momentos

E. ARROYO LAMEDA

TIP. «VARGAS»
LEOP. Y GUSTAVO AGUERREVERE
CARACAS - 1914

PQ8549
.A7
M6

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.A7
M6

PQ8549
.A7
M6

E. ARROYO LAMEDA

MOMENTOS

TIP. VARGAS—CARACAS
Leop. y Gustavo Aguerrevere
1914

INTRODUCCION

A LOS POETAS NO LES GUSTA CALLAR, QUIEREN EXHIBIRSE A LA MULTITUD. NECESITAN DEL ELOGIO Y DE LA CENSURA!

NINGUNO SE CONFIESA VOLUNTARIAMENTE EN PROSA; PERO AMAMOS LAS CONFIDENCIAS BAJO EL ROSAL, EN EL DISCRETO JARDIN DE LAS MUSAS.

(GŒTHE).

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/momentos00arro

INTRODUCCION

—

Amigos, son momentos, nada más que momentos...
No imaginéis un trazo de alma definitiva:
Emociones fugaces, rápidos pensamientos,
breves palpitaciones sobre la carne viva.

La efigie de mi alma? Pues un alma cualquiera...
Yo quèrría que fuese menos triste y vulgar;
que inmortal ondease como una bandera
que triunfó en tierra firma y otra vez en el mar.

* * *

Con frecuencia me exhibo taciturno y apático,
y aburro con mi modo de ser: un displicente.
Soy un hombre callado; soy un hombre que siente;
en fin, amigos míos, soy un hombre antipático.

Soy un hombre antipático, si no es en los momentos
en que el remanso pierde su fastidiosa calma,
y a las guijas que arrojan sutiles sentimientos,
tiembla la superficie de cristal de mi alma.

Impetus sufro a veces de un poeta de kábila,
e ímpetus de ternura mansa como el romero;
¡ una vez que de pronto vi la gloria del Avila
me avasalló el impulso de lanzarle el sombrero !

A ratos me sorprende, cual dulce panorama
de luna en la onerosa travesía de un monte,
cierta melancolía que mi espíritu ama
como si definiese mi único horizonte.

Me exultan las mollares huertas del misticismo,
y di en la flor un día de imitar a Tolstoy;
diez y siete años eran mi lote; soy el mismo,
pero ya por senderos más ordinarios voy.

Amo, como los viejos infantes españoles,
del campo las dulzuras... pero cosas más raras !
nunca he gustado estarme ni un mes a sus resoles,
en el cobijo rústico, junto a las fuentes claras.

* * *

Al *yo* de los candores literarios adoro;
pero fuéra del verso rehuyo su portal:
el *yo* de los poemas es ápice y decoro,
el de la vida es agio, tiranía, dogal !

Oficio de poeta, retando la censura
del mercachifle, centro de odio y amenaza.
Nuestra sangre latina sea cabal y pura
y el verso timbre el oro sin liga de la raza.

Me precio—oh corto honor de mi literatura !—
de que, no obstante el ñudo que a las letras me aferra,

jamás a ningún ente racional de la tierra
he impuesto el ominoso tortor de una lectura.

De algo que está en el alma del lirista y del hombre
quisiera hablar... Oh numen ! los cabellos te mesas !
Pero impudicia fuera mentar hoy su alino nombre
sin la ruda explosión de las iras represas.

Como bridón cerrero las fieras bridas tasco
de frente al porvenir cuyo plano diseño:
¿ A dónde iré ? Cibaris, Jerusalén, Damasco !
Vuestros caminos se abren en frente de mi ensueño.

* * *

De la contemporánea literatura es moda
el sabroso egoísmo de los autoretratos:
A la *pose* en usanza mi efigie se acomoda
y os quedan mis perfiles hechos a garabatos.

EN NOMBRE DE LOS ESTUDIANTES

AL MARQUÉS DE LA PUERTA.

—

Flores enviáis, Embajador de España,
a los que saben apreciar las flores,
por algo más que por la tersa entraña,
o por la rica emanación de olores.

Y no contento de brindar favores
en ramillete que almo el iris baña,
la frase nos decís que lo acompaña
y es más bella, si cabe, que las flores.

Marqués, la flor es signo de hidalguía
y la carta nos habla de harmonía,
de gratitud cordial, de fiel cariño...

A Vos, la juventud llena de gozo,
devuelve, por las flores, alborozo,
y por la carta, una emoción de niño!

GARCILASO

Aquel que allí viene luciente de raso,
en el mirar y el andar gallardía,
entre los labios rumor de harmonía,
hijo de Toledo, quién es?—Garcilaso.

Ese de Petrarca vació la ambrosía
en el rubio seno de ibérico vaso,
y si se adelanta marcial en el paso,
es porque en las huestes bregó de Pavía.

El es el que ha dicho con gracia de encanto,
en fáciles versos y límpido canto,
amores del valle, la fuente, la cima.

Y bravo y poeta, lo llama la Historia,
si muere ante Frejus,—hijo de la gloria,
si borda sus églogas,—padre de la rima.

LUIS DE LEÓN

¿Y pasas tan oculto que apenas si te miro,
rosicler de Granada, dulce Luis de León?
¿Será que te recojes en alas de un suspiro,
y vuelas a las cumbres de ensueño y emoción?

¿Esa tu boca humilde, la del celeste giro,
no podrá deleitarme con alguna canción?
¿O armarse cual ballesta que arrojará su tiro
contra aquel Don Rodrigo de bastarda pasión?

En la «noche serena» y en «la vida del campo»,
cuando boga tu espíritu, como albísimo ampo,
en las claras regiones de los suaves contentos,

el trovador se dice, lleno de poesía,
¡feliz! tuvo la estrofa de divinos acentos!
¡feliz! tuvo la llave de la sabiduría!

LOS AGASAJOS (*)

—

De gozo me conmuevo porque Rubén Darío
ya roza las estrellas que su frente reclama.
Muy bien están los juncos a la margen del río,
pero mejor los astros sobre el que ungió la fama.

Nos place que al glorioso de legítimo peso
lo abrumen las preseas del triunfo soberano.
El cultor, en su granja por la faena preso,
debe alcanzar un día los frutos con la mano.

Mi alegría es tan honda cual un furor contrario.
Yo me enfurezco y grito, vocifero y farfullo,
cuando miro a la loa vil del turiferario,
coronar la cabeza chata de Perogrullo.

Es de los cisnes blancos, el tuyo, Nicaragua!
—lo dice quien rehuye las exageraciones—
Cisne al fin, en el reino reflejante del agua
se ha familiarizado con las constelaciones.

(*) Con motivo de manifestaciones de admiración en honor del poeta de "Azul".

Cuando vibró su trompa, se recordó al Ariosto,
cuando su lira, al valle risueño de Valclusa,
y el gusto de sus himnos era el de un nuevo mosto
que en las odres vertía de la española Musa.

En el habla de Lope, que amarteló Quevedo,
no relucía el ritmo toda su aristocracia,
porque el númen huía por servil—y por miedo—
de los óleos que otorgan al poeta la gracia.

Y llegó este lirista con el ramo de olivo
para anunciar el término de general diluvio,
y del arca volóse, donde fuera cautivo,
un verso rodeado por generoso efluvio.

Darío amó su época, y sus labios modernos
hablaron las eternas cosas de poesía:
cosas de las alturas, cosas de los infiernos,
cosas de la pureza, cosas de la ironía.

Cuando la dió luciente, con rara vestidura,
muchos se consternaron al ver la nueva estrofa:
Brillaron los cocuyos de luz en la espesura
y un incendio temía la prudente alcachofa.

¡Qué grita la que entonces elevara la plebe!
Gritaban: ¡a la cárcel! ¡a la mar! ¡al patíbulo!
Y el poeta? Impasible!—En la avenida llueve
¡y el transeúnte fuma sereno en un vestíbulo!

Se ufanaba Darío porque vistió de traje
diferente, a la Musa que galán enamora:

Era un traje que trajo de sublime viaje
a las caleidoscópicas damascos de la Aurora.

*
* *

De gozo me conmuevo porque Rubén Darío,
ya recibe las flores que su gloria reclama.
Caen sobre las rosas las gotas del rocío
y sobre los poetas las rosas de la fama.

Y si núnen su espíritu disemina opulento,
si a úna hemos gozado con su pico de oro,
vaya la apoteosis como delgado viento
a orear la frente de Darío sonoro !

LA GALA DEL NIÑO

—

A más de las gracias sencillas,
a más de frescura del alma,
algo, del niño en las mejillas,
es como timbre y como palma.

Estén en dulce pensamiento
embebecidos, o en más grave,
siempre la rosa tiene aliento
en la infantil mejilla suave.

Estén con lágrimas copiosas,
o en el bullicio de una trisca,
siempre deleita un par de rosas
sobre la blanda faz arisca.

Y sólo faltan algún día,
cuando se postra el niño enfermo,
y sus mejillas son el yermo,
y su palor la nieve fría.

También se ausentan cuando falta
pan al anhelo de los labios
y la miseria, ruda y alta,
derrama lívidos agravios.

¡ Oh, niño, puro sol naciente !
¡ Oh, ruborosa y tersa nube
sobre los cielos de su oriente !
¡ Oh tiempos en que yo las tuve !

EL HERALDO

—

Gloire au ciel bleu qui peut, sans s'épuiser jamais,
Faire de dépenses d'aurore!

(V. H.)

—

Ya va a surgir la rubia ninfa aurora
de la cambiante concha donde mora,
y anuncian su venida a los espacios
embajadas de perlas y topacios.

El llano entero, todo el llano duerme,
y está con él su majestad dormida;
más ya despertará del sueño inerme
y agitará el olaje de su fastuosa vida.

Parece que no existen lucios picodeplatas,
ni canoros turpiales ni alegres paraulatas.
Los amables cantores descansan recogidos
en la tibia penumbra de sus aéreos nidos.

Sólo de cuando en cuando rompe el tupido velo
del silencio total, algún polluelo,
como los niños, antes del despertar
lo rompen en la santa mansuetud del hogar.

Yacen las arboledas en sosiego:
los árboles adoran al dios fuego
y esta es la hora clásica del ruego.

Tiemblan, junto al mutismo de las cosas,
—gris enjambre de espíritus—neblinas misteriosas.
Como esperando que su aliento esparza
la aurora, duerme lejos una garza
que apuesta en la ribera de impasible remanso,
delira con su novio puro, de nieve, manso..

Por intervalos corre, cual un escalofrío,
céfiro, a quien los árboles consideran impío;
y es tan débil su arrullo y tan flébil su beso,
que no parece el mismo duendecillo travieso.

Pasa, y apenas mueve la movediza hierba,
la que guarda atavíos de aljófar, en reserva
de futuros honores a la diosa del día:
rubia maravillosa como la Poesía.

Por donde miro admiro cual larguísimas sedas
acintadas y lisas, infinitas veredas.
...¡Oh, por una de ellas irrumpe desbocado
y, avanza, potro alígero del potrero escapado!
Es cual pájaro enorme cuyas alas son blancas,
porque al potro le albean en el aire las ancas.

Jop! Jop! Jop!.. Ese trítono potro cerrero
¿pensará dar la vuelta al mundo entero?
De su crin ondulante se levantan las hebras,
y en el aire se tuercen, aíradas culebras.

Ah! yo sueño, mirando su indomable potencia,
el triunfo de oponerle gloriosa resistencia...

Pero ya pasó el potro ¡ y fuí triste jilguero
al lado del robusto animal llanero !

Me arrastraría el monstruo, como arrastra la ola
una leve arenilla, cuando el tumbo enarbola.
¡ Sigue, sigue, potranco de las lúcidas ancas,
ave que corre y vuela con sus dos alas blancas !
El no escucha; se pára con parada que asusta,
en majestuoso arresto de un alazán de justa !

En oriente, cual joya que conducen querubes,
despunta el sol en un joyel de nubes.
¡ Ustedes, si no han visto la diminuta perla
del sol naciente, corran pronto a verla !
Es el ojo de un dios, que por el orto
se asoma a ver su creación absorto.

Lo ve el potro y eriza sus cerdas vanas,
yergue el altivo cuello y las narices hincha;
y para despertar las dormidas sabanas,
heraldo del rey sol, vigoroso relincha !

SAMARITANA

—

Llega Jesús hasta el brocal. Tú esperas...
¿A quién esperas tú, Samaritana,
posando allí tus lánguidas caderas
y el fausto de tus carnes de manzana?

Nadie sabe por quien te estás inerte
junto a las nobles aguas cristalinas.
Llega Jesús: no llega para verte;
ya en su visual de ángel lo adivinas.

Tú piensas: «Quién será? Nunca lo he visto..
No es de Samaria su ideal figura».
Y sientes contemplando al rubio Cristo,
cierto desquiciamiento de ternura.

Dirigiéndose a tí (Rebeca? Sara?)
Dice Jesús: «Tus cántaros van llenos»..
El tiene sed de un sorbo de agua clara;
Tú, de sus grandes ojos nazarenos..

LA TRAVESÍA

—

«....En las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas».

ANT. DE PÁEZ.

—

Siempre brindó la guerra
panoramas nefastos, cuadros viles;
pero en este momento sus desfiles,
de hombres, de caballos y fusiles
condecoran el busto de la tierra.

Por los altos y bajos de la sierra
va el ejército en marcha, con tranquila
majestad que se cubre de reflejos
y soberbia rehila
como legión de espejos.
En perfilados grupos de estatuaria
va, con su policroma indumentaria,
y finje, desde lejos,
los florales cortejos
donde la proletaria
pascua azul desenrosca sus festones
sobre los crisantemos y pompones.

Salieron de Trujillo y de Barinas
y por faldas andinas
van hacia la remota Cartagena,
ciudad caduca, rítmica, serena,
que acoje reverente, bajo palmas,
sus muros, menos recios que sus almas.

El sol cae de plano, intensamente,
escociendo la frente
de infantes aguerridos,
acostumbrados al calor ardiente
que en la playa marina se estaciona
y en la enorme sabana
y montes engreídos,
como alarde febril de nuestra zona
que de su gesta vegetal se ufana.

Vienen adelantando por desiertas,
broncas escarpaduras,
y en las tristes llanuras
dejaron medio muertas
al gope capital de las reyertas,
mil ciudades oscuras;
y no hay muros ni puertas
que resistan a sus musculaturas.

Más ya los turbulentos
progresan graves, lentos,
y en la severidad de sus miradas
y en sus torvos alientos,

hay escenas fatídicas gravadas,
hay rencores violentos.

La legión va en silencio. Avanza muda:
es qu'el sol la amodorra, y es que duda,
tal vez, de la victoria,
y es que rudos reveses militares
logran menguar los mares
de valor, que tributan a la gloria.

La legión va en silencio.
No se escucha
sino el rumor de los acordes pasos
y el trote señoril de los corceles.
En la próxima lucha
medrosos piensan campeones lasos,
pero los más deliran con laureles!

Al entrar a estrechísima garganta
donde se acrece la tristeza augusta,
y en una elevación que al bravo asusta
si advierte lo que hay bajo su planta
en abismos que el vértigo pregusta,
un hombre corto de estatura, pero
tenaz, pugnaz como broquel de acero;
un hombre que en la trocha se adelanta,
semiarropado en voladiza manta,
sobre corcel que es un escalofrío,
presa de la inquietud, se yergue y canta
una canción que imita el rudo acento

de un ímpetu de viento,
una canción de arranques y de brío,
una viril canción que lo agiganta
en medio del cansancio y del hastío...

UN CALLEJÓN

—

Un callejón elástico y sombrío
bañado en un viril frescor de río;
pletórico de ritmos y fragancia
como aquel (salve!) que gocé en mi infancia...
Un callejón trazado entre dos filas
de mangos, de naranjos y de lilas.

¡ Y lanzarme por ese callejón
sobre el lomo boyante de un bridón !

EL RUEGO

—

Apuraba un desfile de copas de cerveza.
De lúpulo invisible ceñía la cabeza.
Era un hombre de ojos vivaces y castaños,
en la edad–precipicio de los cincuenta años.
Acaso en otros días fuera virtuoso y bello:
el alcohol ahora le retorcía el cuello.

El alcohol, por fáciles y mezquinas hazañas,
revolvía con hierro candente sus entrañas,
lo excluía de todos los deberes y ritos
que no fuesen de orden en sus templos malditos;
lo encadenaba el solio de la salaz taberna,
como el cíclope a Ulises en lúgubre caverna.

Oscilaba su busto sobre la silla fuerte
como sufriendo múltiples tracciones de la muerte.
Sesgaba dos pupilas torvas y vagabundas
como estrellas fugaces en las noches profundas.
Sobre su faz rodaba la sombra primitiva,
la que en los trogloditas prehistóricos priva.

* * *

Enfrente de aquel hombre, junto a la misma mesa,
ví sentarse un muchacho de cabellera espesa,
un niño con el rostro melancólico y fino

como los que en sus hombros llevara el Gibelino;
un gandul que evocaba las alburas más grandes:
la blonda galaxía, la nieve de los Andes.

Y ví que hablaba el ángel con el padre beodo.
¡ Sirio, Sirio nostálgico, se reflejó en el lodo !
No pude oír las voces que modulaba el niño
con la boquita hermosa cual diminuto escriño;
pero sí las traduje. No eran cosas tranquilas.
¡ Qué angustia delataba la luz de sus pupilas !

Palor de desespero le invadía la frente,
y borraba del labio la rojura nitente...
Suplicaba al beodo que volviese al hogar,
junto a la esposa triste, junto al crío mollar;
le rogaba rompiese la copa de licor
¡ por la paz de la vida, por la voz del amor !

De su afección de hijo le prometía excesos,
le prometía abrazos, le prometía besos,
si desechaba el jugo que la uva destila,
el jugo traicionero que besando aniquila.
Le tomó de la mano mostrándole la puerta,
la que el vicio tan sólo para entrar mira abierta.

Y lo repulsó el bárbaro con ademán de furia
porque en el noble intento vió insuperable injuria,
y ante la rudeza de un feroz ademán
prescindió el tierno hijo de su glorioso afán.
...Entre la zalagarda de artificiales gozos
se oyeron como toque funeral sus sollozos.

* * *

Los profundos sollozos me partieron el alma
como parten los cierzos la hoja de la palma...
Al mirar junto al padre la vil copa de vino,
experimenté el máximo rencor de un asesino.
En ceguedad de ira, fuera del ser–ecuánime,
ansíé que cayese el bebedor exánime.

Anhelé mis palabras sumar a las del niño,
por inconsciente impulso de piadoso cariño;
a su elocuencia máxima quise prestar apoyo
¡ auxiliar al océano pretendía el arroyo !
Quise añadir mis súplicas a las del inocente,
¡ y sentí que incendiaba la exaltación mi frente !

Pero me dije entónces: ¿ Podré yo más que él ?
¿ Tengo todas sus lágrimas ? ¿ Tengo toda su miel ?
¿ Tengo la melancólica dulzura de su rostro ?
¿ Como su tierna súplica yo mi súplica postro ?
¿ Me cubre la inocencia con su cándido manto ?
¿ Cae mi voz de ruego cual un hilo de llanto ?

¿ Yo, que soy un extraño, pensaré que me aflijo
como él, con las hondas afecciones del hijo ?
¿ Riega acaso mis ojos la fluyente frescura,
la humedad deliciosa de la infantil ternura ?
¿ Por más que sea ingeuua de qué vale mi instancia ?
En el ruego ¿quién triunfa sino triunfa la infancia ?

Ni el lloro de Veturia ni el treno de David
pueden contra el influjo seductor de la vid.
¡ Pobre hombre beodo ! Pobre muchacho tierno !
Frente al vicio perenne fluye un dolor eterno...

LIMINAR

—

Para un libro.

Trozos de hebillas,
mil laminillas
de vidrio y cobre;
artes sencillas,
minucia pobre.

Media arracada
semidorada,
mil bujerías,
coqueterías
de níquel ¡ nada !

Brilla un tesoro.
¿Qué es? Granalla.
No hallar deploro
ni el grano de oro
de una medalla !

HISPANISMO

—

Pues soy nieto de un genuino
español,
dadme un vaso del bon vino
español.

Pues hablo el sabroso idioma
español,
bríndeme el clavel su aroma
español.

Pues de mi vida es el lema
español,
dadme a leer un poema
español.

Pues soy por alma y por trazo
español,
¡ dáme, española, un abrazo
español !

CONCUPISCENCIAS

—

Ansío lo que advierto.—Pasa un toro,
¡ y de su robustez quiero el tesoro !

Pasa fugaz un ave,
y oh ! febril ansiedad de un vuelo suave !

Si ante mi vista un arbol se levanta,
me perturba el anhelo de ser planta.

Si algún limón suelta su grato aroma,
oigo en mi corazón: ¡ Quién fuera poma !

Miro caer a tierra un hombre inerte,
y en mí se esboza el ansia de la muerte.

Oigo un clarín guerrero,
y quisiera portar broquel y acero.

Te escuché alguna vez oh! Víctor Hugo!
¡ Desde entonces del verso arrastro el yugo !

VILLA MONUMENTAL

—

.... Forgive me that I cannot speak
definitively on these mighty things.
(KEATS).

—

Caracas, dorado recinto,
albergue de blando calor,
es una moderna Corinto
donde a buril surge el extinto
pasado, fuerte y luchador.

Y en donde a la vez se reanima
—cupo flora en corto jardín—
a héroes de pincel o rima,
y a todo el que la gloria mima
con su invalorable mohín.

Luce,—cual bosque de Dodona
árboles de pompa inmortal,—
estatuas que el recuerdo entona
¡ estatuas que son tu corona
mi querida ciudad natal !

Abre con fausto su capullo
tu gloria, en marmóreo sostén,
y yo, poeta humilde, arrullo

esos braceos del orgullo
sobre las olas del desdén!

* * *

Ya es Bolívar, quien nos saluda
clavado en fogoso corcel;
ante su continencia muda
no hay pensamiento que no acuda
a oblacionarle algún laurel.

Ya es Páez. Parece que avanza
por el aire, en fiero bridón,
y en el brazo la aguda lanza
que dijos a uno: Esperanza
y a otros: Desesperación.

Páez, heroico, fuerte, probo,
con nerviosidad de alazán,
quien patentizó en Carabobo,
que aún agotado el arrobo
sobraba poder a su afán!

O es Colón el navegante,
el denodado genovés,
quien señala un mundo distante
con el gesto de un dios gigante
que tiene la mar a sus pies.

O es Sucre o el noble Miranda...
Ricaurte, repuesto a buril...
Nombres grandes que el tiempo agranda

cuanto más progresa y más anda..
O es el Monumento de Abril.

O es, en lo alto de la Torre,
la dulce imagen de la Fé,
a cuya vista el duelo corre;
imagen que hoy no me socorre
y que de niño veneré!

* * *

¡ Felices los merecedores
de la eterna resurrección
entre los marmóreos candores
o los broncíneos resplandores
que da el arte de Alcimedón !

Ah ! yo envidio, colmo de anhelo,
a la gloriosa multitud
que erguida entre el suelo y el cielo,
nos tiende magnífico velo
de triunfos y de excelsitud.

Y admiro cómo los potentes
que fueron de vida raudal,
no conmueven las altas frentes
entre los vahos repelentes
de nuestra ciénaga moral.

* * *

El mismo cielo con estrellas
—campo de espigas de maiz—
el Guaire cópialo, y son ellas

sobre su linfa, efigies bellas,
alegoría del País !...

De mi país venezolano,
rico en oro y en oropel,
cuyo cielo copia su llano;
¡ sobre el que Dios abrió la mano
para que mane leche y miel !

* * *

También álzanse—moles foscas—
estatuas de hombres de raez,
dignos de ser pasto de moscas
por sus almas viles y toscas...
¡ Hasta la gloria tiene hez !

¿ Digo sus nombres?... Se les calla.
Quién no conoce en la Nación
a la malévola canalla?
Quien los recuerda en ira estalla,
¡ ira santa del corazón !

* * *

Cuando en el amado recinto
pienso de mi natal ciudad,
miro resurgir a Corinto,
de estatuas regio laberinto,
fuerte, como la eternidad...

Como previó Naturaleza
su formidable gestación
en heroísmo y en grandeza,

le dió, en el Avila, la pieza
donde entallara su legión.

* * *

¡ Oh, mi heroica villa de Ponce
de León, quién pudiera decir
que tras de tu malla de bronce
se oye un pecho de oro latir !

DETRITUS

—

Se achanta en un sillón, arrepentido.
Es lunes.
Qué locura de domingo!
Fué un aquelarre de pasiones.
Siente
los detritus de todas en las sienes.

* * *

La cantina y amigos y la ronda
fuerte, aprehénsil y fatal de copas...

Primero fué el Vermouth, que abrió las fauces
de la sed de embriaguez y de exultantes;
y luego, en turba irreflexiva y ciega,
pasaron, rehinchendo las arterias,
el anís, sonriente como el agua,
y en cuyo seño Loreley aguarda;
el «Cognac» el del ópalo insinuante,
promisor de tesoros que no trae;
el Chartreuse verde, pócima felina,
garra de los cartujos que suplicia,
y por fin el Champán, que bulle, hierve,
que impone la ascensión cual una hélice!

* * *

Todo cayó en la sangre, y en la sangre
corrió como tropel de hordas salvajes,
removió las entrañas y a las células
cerebrales fué en són de cruda guerra,
y allí, con un furor de torrentera,
arrasó brutalmente las ideas...
Luego fué un gran sopor de bestia zurda,
cuando mordía una sublime pulpa.

Se siente digno de la horca. Ansía
algo que limpie, como la ceniza,
algo que purifique sus veinte años
que caen, negras moscas, en el vaso
de seductores y obsedentes brillos,
en el vaso irrompible de Dyonisos.

Evoca triste, y entre las dos manos
hunde las sienes el desesperado...
(De sus dos manos las cerúleas venas
raza de fina selección revelan).

Y dice para sí: ¡Pobre cerebro!
¿Por qué ahogar en alcohol tus versos?

LA VACA

—

La vaca es negra, enteramente negra;
es en negro mayor la sinfonía.
Ni un punto blanco su pelaje alegra...
A Menelick brindara yo la cría.

El azabache de su piel se integra
con el oscuro ambiente de este día,
que semeja un peñasco de Consuegra
por su negror y su melancolía.

Pero,—oh fuerza tenaz del optimismo
por la que el gran Panglós sueña en su abismo
y Arquímides confía en su palanca !—

me entusiasmé con la bestia carbónica
al pensar en su fuerte carga tónica
de leche blanca, enteramente blanca...

CORO

—

En la triste región de Coro,
país donde nada vegeta,
admirad el arbol sonoro
que solemos llamar Poeta.

El cardón se eriza de envidia
cuando ve su ramaje terso,
de donde surge, en grata lidia
de follage y auras, el Verso.

Y yo me colmo de sorpresa
al ver sobre tierra de arcilla,
árbol cuyo verdor no cesa
y cuyo rumor maravilla.

Nunca vi gota de rocío
en el mes que agosto se nombra,
ni ví nunca fuentes de río
sino al amparo de la sombra.

* * *

No me sorprende que a la riba
del Aqueloo lisonjero,
puros exámetros escriba
el sublime y fácil Homero.

Ni que al correr del Manzanares,
su estro de laurel arrope,
aquel duque de los cantares,
el jovial y plácido Lope.

Más, ¿cómo en donde Abril no pinta
paisajes de finos colores,
desteje el trovador la cinta
hecha de pétalos de flores?

Cómo, en terrenos de secano,
donde terrible sol dardea,
donde todo el año es verano,
sale revestida la idea
con plumas de mirlo montano?

* * *

Coro fué rico en otro día:
tuvo arroyos, boscajes, palmas;
hoy tiene su floresta en almas
y un murmullo en melodía.

Cuando los campos, como eriales,
tumban sus flores verdaderas,
surge en las ánimas proceras
copia de flores ideales.

En Coro ved una Provenza
de estériles campos rojizos
en donde la musa destrenza
los áureos y lánguidos rizos!

EL VETERANO

—

El sable mohoso de aquel veterano
de un clavo fornido pende sobre el muro.
Yace inamovible.—Ya es vieja la mano
que lo blandió heroico, tajante, seguro.

Y el viejo soldado le dice una tarde:
«Descansa, descansa, descansa tranquilo;
el cielo de orines y mohos te guarde
por todos los bienes que debo a tu filo!

Allá por el año... cuando Palma Sola...
me hiciste aureola de audaz y de bravo.
Si tú sacudías la rútila cola,
qué mar de cabezas, mi límpido esclavo!

Contigo a la diestra, yo vine triunfante
y abriéndome paso—ni un sólo revés!—
del Táchira recio, de Coro flamante...
Ahora en las vegas del Guaire me ves.

A ti es a quien debo mis verdes conucos,
mi gordo tabaco, mi nombre, mi fuero.
Oh!, que si no fuese tu empaque de acero,
aún estaría trenzando bejucos.

Ochenta años cuento. Mi mano tan fuerte
ya tiembla insegura; tú ni te aletargas!
Y a veces de noche te escucho moverte
como en un proyecto de antañonas cargas!

Ya en mis ojos brillan luces medio muertas...
y tú, frente al foco de las matutinas,
fulges como en días de nuestras reyertas
en los deslumbrantes llanos de Barinas!

Te dejo a mis hijos.—Repente una pausa...
Para que esforzados, como federales,
defiendan su jefe, luchen por su causa,
¡ y doblen sus vegas y sus cacahuales !»

CUMANÉS

—

De las nostálgicas tierras de Oriente,
—claras atmósferas, lánguido espíritu,—
viene a Caracas, es noble y alegre...
aunque sus ojos quisieran ser tristes.

Dejó en su álveo, en correr silencioso,
al Manzanares, de Cumaná guzla,
y a Cumaná la dejó pensativa,
y ensimismada en sus noches de luna.

Viene a Caracas; arriba sediento
de las históricas aguas del Guaire,
de verse junto a las lomas azules
que entusiasmaron a Pérez Bonalde.

Sus cocoteros joyosos y altos
cambia por nuestros bucares y ceibas:
Oh ! los palmares infunden nostalgia,
no los bucares de rútilas gemas...

Viene cual un millonario del Norte.
Trae la rubia cartera nutrida
con fuertes letras que endosa la casa
«Fascinación, Juventud, Ca.–»

Cree que porta una estrella en la mano
—como diría el poeta de Eulalia—
y que lo esperan, abiertos los brazos,
rojas las bocas, las vírgenes blancas.

Pasa las noches en largas vigilias
sobre los libros del arte y la ciencia;
de arte y de ciencia construye una torre
donde empinarse hasta la Casiopea.

Vanas vigilias !... Mancebo fantástico,
de tu tragedia en esbozo no sabes;
y mientras luchas por triunfos y glorias
¡ sorda trabaja la lepra en tu sangre !

ES FALSO

—

L'homme est un aprenti : la douleur est son maitre.

(MUSSET).

—

Yo debo ser un sabio si es qu'el dolor enseña,
porque desde hace tiempo me tomó de la mano,
me sumergió en sus marjas y me estrujó en su peña
cual si yo fuese un alga y el fuese el oceano.

De noche he sorprendido su faz magra y ceñeña
clavándome los ojos en ademán insano,
y de día sus labios, como espinosa breña,
desgarran mi epidermis con su besar profano.

Pero el saber que otorgan las penas es mentira;
el dolor nos azota, nos deshuella y mayuga
dejándonos tan sólo remordimiento e ira.

Si es que nos amaestra cuando vil nos enyuga,
¿cómo es que no logramos desviarnos de su pira?
¿cómo es que no adquirimos la ciencia de la fuga?

EN LA ARBOLEDA

—

Aquel risueño mango, cual oro de Cipango,
me sonríe de lejos. ¡ Oh, qué mórbido mango !

Luce, cual tú, mejillas qu'el rojo sol purpura,
mejillas que provocan lasciva mordedura;

tiene la piel sedosa como tu cutis fino,
guarda, como tu boca, miel odorante y vino;

su placentera forma, redondez exquisita,
es la de tu semblante, la de tu pecho imita.

Cayó de la sombría ramazón siempre bella,
como del cielo oscuro suele caer la estrella;

Cayó entre los jazmines que suelta el limonero
y en un maniantal claro, vecino del sendero.

¡ Y el manantial preclaro, bonancible, pequeño,
me parece un estuche de aquel mango risueño !

¡ Qué dulce un mango en este paisaje matinal
que tanta miel de América diluye en su rosal !

Debe ser devorable por medular y pleno,
porque el fruto ha caído desde el cercado ageno.

¿Por qué me inunda el alma de emociones ambiguas,
siendo sus dimensiones tan breves, tan exiguas?

¿Quién me contestaría que no fuese poeta?
Carmen! el mango, versos y tu mirada quieta.

Corre al uncioso mango, copón de la ambrosía,
corre, y dámelo, virgen, mojado en agua fría!

AFRICA (*)

—

Ante tu muda Esfinge de admiración me embriago
y ante las cien Pirámides de heroica arquitectura,
y ante la pertinacia y el brío de Cartago,
y ante el viento que el rostro del Sahara tortura:

Pero sé que en tí, Africa, todo es fosco y aciago,
que en la casa del mundo tú eres la pieza oscura,
entre cuyas tinieblas, que conmueve el estrago,
brillan los sibilinos ojos de la pavura.

El león es tu huésped; el león vagabundo
que ruge entre la corte de otras alimañas
rugientes en la sombra de tu seno profundo;

Con el simún refrescas tus regiones hurañas,
y tiznas los colores sonrientes del mundo
con el vómito negro que arrojan tus entrañas.

(*) El autor no profesa ideas *lebonianas* y aquí sólo se alude a la inadaptación estética de los nativos del Africa Central y Meridional.

MIRANDA PRESIDIARIO

—

Forzó los murallones—por verlo—Michelena:
sobre camastro duro su ancianidadd reclina
quien sintió ensortijadas en la rufa melena,
junto al laurel, las manos blancas de Catalina.

Ya su rostro, su rostro de majestad serena,
con la ilusión de gloria viril no se ilumina;
monótona a su oído retiñe la cadena;
su música de hierro calmuda lo asesina.

Cuánto dolor infunden sus venerables canas
entre cuatro paredes sombrías e inhumanas !...
¡ Y el par de ojos envueltos en mirada severa !

El mártir, el recluso de la prisión fornida,
probó en su carne anciana dónde cobra la vida
el amor al augusto cendal de una bandera !

INTERMEDIO

—

A veces imagino que soy un gran poeta
—ilusión vanidosa de muchachos febriles—
que en mi honor las orquestas resuenan varoniles,
que para mí el narciso pudoroso vegeta.

Me tiendo bajo un árbol, agreste musageta;
deliro con los astros, sueño con los pensiles,
mientra en la hojarasca bate sus tamboriles,
en mi loor, el aura caprichosa y discreta.

Allí preludio un canto sobre el mullido césped
—los árboles extrañan al harmonioso huésped
de intensas fantasías y de ternura enfermo :—

Y en el himno que vibra como al compás del mundo,
me sublimo en los raptos de un ritmo furibundo,
¡o en la quietud de un ritmo sosegado me aduermo!

SURSUM

—

Una mediana vida yo posea.
(Rioja).

—

No tienes ambiciones. Feliz ! te dirá Rioja.
Infeliz ! te diría con toda el alma. Pienso
que cuanto más se ansíe de lo alto y lo inmenso
más flores al camino la dicha nos arroja.

Correr desesperado tras la divisa roja
del poder, tras el humo del merecido incienso,
aunque al fin de la lucha ni un laurel se recoja,
es el placer excelsior, el placer más intenso.

De hazañas imposibles, de triunfos inauditos,
de águilas conquistadas en cielos infinitos,
de máximas proezas la fantasía amueblo.

Tú, que pasas la vida con un pan y un cigarro,
no concibes la dicha del victorioso carro
ni la emoción enorme de conducir un pueblo !

BAÑISTA

Te bañas en el río que atraviesa
la hacienda roja de los cacahuales.
Tus níveas carnes, del Aragua presa,
bajo el cristal del agua son cristales.

Al sumergir en los ecuóreos chales
la rósea pulpa, de frescura ilesa,
en solución efímera de fresa
tiñes el agua... Inspiras los turpiales.

El sol, aventurado entre las frondas,
viene a gozar de tus guedejas blondas;
eres la amada... Sátiro sol mío!

El sol te obsequia eróticas mercedes...
Y en el río te alongas cuanto puedes
como anhelando convertirte en río.

LA INVENCIBLE

—

....iba a su bordo Lope de Vega. *Hist. de Esp.*

—

«La Invencible», la fuerte armada,
archipiélago de galeras,
se tiende sobre el mar, osada;
se tiende armígera y preñada
de las huestes más altaneras.

Tercios de bizarra apostura
van en legión innumerable
sobre la mar soberbia y pura,
que maravillosa fulgura,
que vibra como fino sable.

Allí el pujante lansquenete,
lava que refluye de Flandes,
y el infanzón, rudo foete,
y el piloto recio, ginete
de las olas fieras y grandes.

Zarpan... Halagos de la brisa...
Besos de un sol incandescente...
Lisonjas de la mar sumisa...
¡Triunfar! como inmóvil divisa
grava cada uno en su frente.

¡La Invencible! Tiembla la Europa.
Se cubre España de ufanía.
La Invencible, que al mar arropa,
es como la inmensa garlopa
del «demonio del mediodía».

El mundo entero se amedrenta
ante la terrible avalancha...
pero de pronto la tormenta
borra la armada corpulenta
como se borra débil mancha!

¡Oh Invencible! La armada fuerte
deshecha como Partenope,
¿por qué tu nombre, si la muerte
pudo con un soplo vencerte?

¿Acaso por llevar a Lope?

EXCELSIOR

—

Es la hora de duendes y aquelarres.
Desde el somo vernal de esta colina
vemos tenderse la ciudad gaitera
con su traje de sedas vespertinas.

Somos los tres un siesnoés románticos...
Románticos a estilo Siglo XX.
Amamos la piedad de la solumbra,
las historias de amor, las ramas verdes...

Hablamos con fervor de cosas pulcras,
de héroes, de patria, de poemas...
Y como es natural, de tiempo en tiempo
cruza el palique un grano de pimienta.

Uno proclama:

«Oh juventud insípida!
¡Y ya pasan de cuatro nuestros lustros!
A nuestra edad era otra cosa el Dante,
y otra Miranda y otra el viejo Hugo!»

«Va pasando el acero de estos años
en tanta laxitud, que siento ansias
de romperla en un ímpetu de loco,—
como quien rompe una aplastante lápida!»

Silencio... Después vienen resurgiendo
las ilusiones a favor del campo.
Se habla de gloria, de ambición, ¡ de gloria !
Se nombra al Vinci, a Nelson, al Mantuano !

Recordamos aquel monte de Roma
donde una tarde, en efusión, Bolívar...
La sangre en sus corrientes entusiastas
nuestras células grises sobreexcita.

De abajo la ciudad con sus mil ojos,
ojos de luz azul, que entre sí riman,
gritar parece:
«Si triunfáis, oh hijos»...
¡ Y nos tiende los brazos como liras !

ONDAS VERNÁCULAS

—

Me llego hasta la orilla del olvidado Guaire,
del Guaire a los antojos de la Ciudad sumiso;
mariposas ligeras, más ligeras que el aire,
fingen al otro borde, versicoloro friso.

Aún las mariposas disfrutan de su encanto,
de la sombra de encanto que guarda todavía.
Es ya un raudal sin fuerza, sin limpidez ni canto,
pero siempre con gotas de amable poesía.

Difícil es que muera todo un caudal de gloria,
de vigor o belleza, de juventud o vida:
Resta siempre aunque sea una flor ilusoria
en el jardín marchito, si fué el jardín de Armida.

De la Ciudad ¿cuál otro blasón como su río?
Era la prenda óptima del caraqueño escudo,
la más alegre nota de nuestro valle umbrío
y el contraste de seda para el Avila rudo...

Fué el Cefiso de tiempos que son hoy leyendarios,
cuando el Marqués del Toro y las Aristeguieta,
cuando los gruesos frailes y los pulcros rosarios,
cuando Miranda, héroe, cuando Bello, poeta...

Como emulado entonces por tan soberbio ambiente,
iba por entre salvias, gárrulo y cristalino.
Gonzalos respondían, con trinos, a sus trino,
lo abanicaban palmas, como a un rey de Oriente.

Hoy lívidas horruras enturbian sus cristales
y nadie prueba el agua que del ayer fué almíbar;
hoy en su faz el pobre refleja sus pañales
¡ en su faz, reflectora del dormán de Bolívar !

Pero ¡ quién sabe ! ¡ Oh sombras del porvenir oscuro!
Acaso por sus linfas de un rumor tan sencillo,
venga ya entre los juncos del breve canastillo
rodando lentamente algún Moisés futuro !

* * *

Hermano de los bellos ríos de la Judea,
de los ríos afables como dioses, y humanos,
te volvería al brillo de tu hermosura hebrea
si el destino pusiese la eficacia en mis manos !

Te volviera tu auge por amor a Caracas,
por cariño a tus ondas historiadas y frescas,
y para que tornasen tus verdes albahacas
y tus bucares llenos de púrpura y de brescas.

Río: guarda en recuerdo de mi triste visita
a tu caudal exiguo como atrofiado músculo,
esta lluvia de tintes—oblación exquisita
que en nombre de mi alma te consagra el crepúsculo.

RÁFAGAS

—

En boca de A. E.

—

Una vez mi pobre alma estremecieron
ráfagas byronianas.—Yo iba solo
por un triste camino, en pleno campo,
y sentí de repente un hondo anhelo
de orgías, de sublimes noches blancas,
en donde—oh confusión embriagadora!—
las mujeres, los versos y los vinos
y el *sprit* celestial se entretejiesen
como en una guirnalda...

En torno mío
la paz era cabal; esa paz honda
de nuestras noches suramericanas,
en las que apenas tiemblan las estrellas
sobre la gran serenidad del cosmos.
Pero no obstante proseguí mirando
los lechos de oro, las frementes copas,
las mujeres de amar, y oí los versos
que nos penetran voluptuosamente...

Pero al punto me dije: Oye tú, escucha:
por qué soñar las vidas imposibles

para tí? No recuerdes al Lord máximo!
¿Dónde está la Guiccioli? ¿Dónde Shelley?
¿Dónde el Palacio Conciadino? ¿Dónde
Venecia, la del mar, la de las góndolas?

Y tronché mis anhelos byronianos
cual pimpollos inútiles, inútiles!

NIRVANA

—

Solitaria quinta. Camino solo.
Pesadez tórrida del mediodía.
El sol, con la rubia altivez de Apolo,
soltando sus crines de luz en la vía.

Sube de la tierra un sopor agreste.
Región del Sahara el ánimo evoca.
Sobre le campiña, el zafir celeste
guarda un estirado mutismo de roca.

No cantan los pájaros: duermen siesta.
No canta la brisa: duerme la brisa.
¡Oh Dios mío santo! qué campiña es ésta
sin un agasajo, sin una sonrisa!

En la solitaria y ruinosa quinta
que se despereza del camino al borde,
una virgen, cual una cinta,
una niña, cual un acorde,
dulce rubia de quince años,
contemplativa en la ventana,
inmoviliza los ojos castaños
en la inmovilidad meridiana.

EL LLANTO DEL DANDY

—

En la tarde, por la avenida
se fué el dandy, elegantemente,
la corbata lucia, tendida
sobre pechera reluciente;
con paltó de corte exquisito,
con pantalones como sables,
con zapatos Moliére, y el rito
de perfumes insuperables.

Su lujoso paludamento
era de la grandiosa villa
de la beldad y el pensamiento;
de París, villa y maravilla.

* * *

Se fué, soñando en la elegancia;
con elegancias inauditas,
no vistas en la nueva Francia,
ni entre los viejos sibaritas.

Soñaba, frente al horizonte,
perfume tan puro y tan leve,
cual un verso de Anacreonte,
cual una lágrima de Hebe,

y vestes regias y de un fausto
que apenas soñara Petronio,
sólo posibles para Fausto,
siervo y amigo del Demonio.

Y fantaseaba colores
superiores a los del Iris.
como los de asiáticas flores,
como los del manto de Osiris.

* * *

En tanto de Oriente ascendía
luna de pálidos destellos,
quintaesencia de los más bellos
tonos de clara pedrería.

El dandy, el dandy lloró al verla...
Para su corbata aceituna
no podría alcanzar la perla,
la blonda perla de la luna...

UNA...

—

Me he dedicado en las noches tranquilas,
cuando hay un poco de brisa y de luna,
a rebuscar entre rosas y lilas,
y flores mil, una flor, sólo úna...

Me he consagrado en las dulces mañanas,
cuando despliega sus labios Oriente,
a sorprender en las regias persianas
del cielo, un matiz, sólamente...

Me he dedicado en mis días de asueto,
cuando el vagar es eglógico y mudo
sólo a buscar un poema, un soneto...
Pero mi alma encontrarlo no pudo.

Y nada encuentro de lo que intranquilo
buscando voy por la tierra y el mar...
Cual la del ibis, poeta del Nilo,
mi vocación es soñar y soñar.

LEYENDO LOS CANTOS DE BECKER Y DE MUSSET

—

Prusia y Francia desgárrense a dientes
en bélico afán.
¿Qué me importan las aguas turgentes
del Rhin alemán?

¿Qué me importa que no haya sentido
de galos el pié,
o que lo hayas por Francia oprimido
glorioso Condé?

¿Qué me importa que Prusia defienda
su rubio Jordán
ni que en tí moje el franco su rienda
gris Rhin alemán?

No conozco las ondas augustas
del río y señor,
donde hoy bebe impulsiones robustas
un Emperador.

No he escanciado jamás de la viña,
del jugo de Pan,
que recubre la vasta campiña
del Rhin alemán.

Pero admiro su fuerzas ¡ Y cuánto !
¡ No más yo lo sé !
¡ Viva el Rhin que dió a Becker un canto
y un canto a Musset !

EN LABIOS DE UN DON JUAN

—

Dijo Dios: Ábrase la roca! y
la roca se abrió.

—

Decir quiero palabra honda,
de las que al pecho rectas van,
como la guija de la sonda
que dió por tierra con Goliat;

Decir quiero palabra pura
—gota de rocío y de luz,—
la de inconsútil vestidura
que modulaba el buen Jesús;

Decir quiero palabra fina
—un destello de amanecer—
palabra pulcra y ambarina
como la de Flaubert.

¿Y sabes por qué busco hablarte
una palabra celestial?
No por un capricho de arte,
no por una láurea triunfal...

Es que no logro que te rindas
ni a fuerza ni a llanto de amor,
y como tú en roca te blindas
he de hablar palabra de Dios.

A UNA CHIQUILLA

Vi desfilar entre un cordón de nubes,
entre rosadas nubes mañaneras,
flores de oro, aletas de querubes,
cintas, máscaras, bucles y pulseras.

Vi pasar ojilánguidas meninas,
moviendo los ojillos y las manos,
y haciéndome reír ¡ oh bailarinas !
con sus gestos cristianos y paganos

Vi una casita de cristal ¡ qué digo !
de celuloide crujidor y azul,
y entrando por el claro de un postigo
dulce querub de aurirayado tul.

Vi muchas cosas de las cosas leves,
breves, insustanciales y tranquilas
como los nomeolvides y las nieves:
¡ Todo lo vi chicuela en tus pupilas !

¡CALLADO!

—

Díme, poeta eximio, ¿por qué eres taciturno?
¿Naciste bajo el signo maldito de Saturno?
Nunca, nunca sabré
cómo tu alma enorme que padrotea el verso,
lleva la inmensurable mudez del Universo
como torvo Ananké.

En el corrillo alegre tú solo callas. Callas,
sin que el numen grandioso que riges y avasallas
puedas espolear...
¿Para la dulce égloga o el sublime salterio,
necesitas la muda soledad del misterio,
la quietud estelar?

Todos nos sorprendemos de verte siempre mudo,
¡a tí! púgil del verso formidable y membrudo,
nuevo Daniel viril.
En la tertulia donde tus veneros escondes,
ni afirmas ni interrogas, ni opinas ni respondes,
ícono de marfil.

Por qué no abrir el pico de ámbar ¡oh cigüeña!
¿Tu mirada de inmotos zafiros en qué sueña,
colma de limpia luz?
¿En las rosas de Antonio o en el Tome de Ovidio?

¿En la flor de la vida o en la flor del excidio?
¿En la gloria? ¿en la cruz?

Muchos por el silencio te juzgarán idiota,
sin sorprender el número íntimo de la nota
que vibra en tu mudez.
Sin ver que, como el mundo, tú silencioso marchas,
y, como el cielo, sueltas insonoras escarchas
de eximia palidez.

Tu necesitas ese confortante mutismo:
Por su mutismo es grande la noche del abismo
y el fulgor de Altair...
En ese gran silencio se fraguan tus poemas
como en el gran silencio de la tierra, las gemas,
los diamantes de Ofir...

SUPERVIVENCIA

—

La majestuosa cumbre,
coronada de lumbre,
se pronuncia triunfal,
sobre pálido cielo,
donde apunta su vuelo
la legión estelar.

Empedernida y alta,
con el brillo se esmalta
del moribundo sol,
y solemne rehila,
y en el aire rutila
su matiz de arrebol.

Se yergue en apogeo,
con el noble trofeo
de un brillante girón:
cuando todo se encalma,
debe vibrar su alma,
latir su corazón.

* * *

La preciosa diadema
de la cima suprema

pronto se va a extinguir...
Ya se extinguió... Y ahora,
la sombra turbadora
sustituye el zafir.

Persevera la cima,
y en la noche sublima
cuán soberbio testuz:
ya no tiene corona,
más la engríe y entona
su recuerdo de luz.

Y ya nada intimida
a la cúspide erguida
con arresto viril,
porque tuvo un momento
de almo deslumbramiento
sobre el cielo de abril.

Oh! después que preclara
una estrofa irradiara
de mi sér interior,
como el Avila altivo,
perpetuaría vivo
mi orgullo de fulgor.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00039962059